

—Esos son los hijos que Dios te enviará; tan grande será su número que no sabrás donde colocarlos, me dijo el anciano.

En medio de esa muchedumbre de niños á los cuales nuestros sacerdotes se empeñaban en entretener y en educar, distinguí á algunos que me eran bien conocidos.

El anciano movió de nuevo el artificio y me ofreció un nuevo espectáculo. Muchos obreros trabajaban en el campo; algunos los vigilaban y dirigían; otros sembraban.

En un extremo quiénes se ocupaban en afilar en una piedra las guadañas, en martillarlas para afinarla y las pasaban en seguida á los directores para distribuirlas; quiénes se cruzaban de brazos ó abandonaban el campo, esto es, el Oratorio.

Segada la mies, robustos brazos la agavillaban y la cargaban en un carro que era luego guiado por un solo obrero.

Don Bosco terminó diciendo:

—Tengo presente á todos los que he visto y les hablaré en particular. ¡Dios me ayude á convertirlos! ¡qué me envíe niños de todas partes del mundo y los bendeciré con toda mi alma! Pero que se digne consolarme desde luego concediéndome que os gane á todos vosotros á su amor, á vosotros los primeros traídos por Él al Oratorio.»

Este *sueño*, referido con gran simplicidad por Don Bosco, produjo extraordinario efecto. Durante todo ese año memorable lo recordábamos, y en el recreo unos á otros nos lo repetíamos

para alentarnos á huir el mal y dar gusto á Don Bosco.

Cada uno quería saber en qué estado había sido visto; y todos quedamos estupefactos al ver manifiestos de un modo sobrenatural los más íntimos secretos de nuestra conciencia. El año 1858 ha hecho época en nuestros recuerdos: fué un año de salud, de heroicas resoluciones y de numerosas vocaciones religiosas.

Don Bosco era absoluto dueño de nuestros corazones.»

1858.

¿CÓMO LO SABE?

En 1858 estaba en Niza el señor de Cambuzano, ex-diputado en el Congreso Subalpino y apellidado el *Montalembert italiano*.

Amigo decidido y gran bienhechor de D. Bosco, tuvo una vez ocasión de hablar de este buen Padre delante de una reunión de muy distinguidas personas, pero de muy escasas convicciones religiosas.

Las maravillas referidas por él excitaron sonrisas en más de un incrédulo, y una señora algo burlona dijo:—Pues ese Santo vive, yo quiero hacer una prueba: si me revela el estado de mi conciencia, creeré entonces cuanto se quiera.

Los concurrentes aplaudieron, y en el acto la señora escribió á Don Bosco.

No demoró en llegar la respuesta:

1.^o *Reconciliaos con vuestro marido.*

2.^o *Repetid vuestras confesiones desde tal ocasión.* — Era un período como de veinte años.

Cumplidas estas dos cosas, podréis vivir tranquila.

Esta señora era tenida por viuda. Excusado es advertir que Don Bosco no la conocía absolutamente.

Atónita y conturbada, no tuvo dificultad en declarar que Don Bosco le había dicho cosas del todo sorprendentes.

1859.

LO QUE DON BOSCO DECÍA A VECES AL OÍDO

Tiempo hacía que un niño era el objeto de la más viva solicitud de Don Bosco sin que tan abundante rocío de ternura sacerdotal tocara el corazón que parecía obstinado en resistir á la gracia.

Una noche el niño al acostarse encuentra, junto á su almohada, una tarjeta con estas breves palabras:

— ¿Y si murieras esta noche?

D. BOSCO.

El efecto de este llamamiento fué instantáneo. Conmovido el alumno va á golpear á la puerta de Don Bosco.

— ¡ Ah! eres tú.

Le confesó y le dejó perfectamente tranquilo.

El niño declaró después que nunca había pasado tan buena noche.

1860.

LOS DOS PRIMOS

Durante el otoño de 1860 Don Bosco estaba en *Becchi*. Un día presentáronle un niño, como de diez años, paisano suyo.

Don Bosco le acarició bondadosamente y luego haciéndole con el pulgar una cruz en la frente, le dijo:

— Continúa siendo juicioso: un día serás sacerdote y harás mucho bien.

El niño, sin darse cuenta de la importancia de estas palabras, parecé que las olvidó. El pensamiento de aspirar á las sagradas órdenes no le había ocurrido ni una vez siquiera, cuando pasados algunos años entró en el Oratorio; mas al llegar allí, acordóse de lo que Don Bosco le había dicho. Al presentarse ahora á él venía con un primo hermano que en tal día entraba también al Oratorio, circunstancia por la cual, después de un saludo, preguntóle á Don Bosco:

— ¿Y mi primo será sacerdote?

— No, le contestó Don Bosco, después de fijar

sobre éste una penetrante y bondadosa mirada; tu primo vestirá la sotana, pero la dejará y no será sacerdote; sin embargo está llamado á hacer mucho bien en el mundo.

— ¿Fué ésta una profecía?...

Ar***, cura de C***, parroquia del Piamonte, (cuyo nombre es harto conocido á causa del secretario de Estado que también lo tuvo), es un excelente sacerdote entrañablemente amado de sus feligreses.

En cuanto al sobrino, dejadas las sotanas, se ha consagrado á la enseñanza católica.

EN EL TREN

Cierta época en que Don Bosco viajaba á menudo por ferrocarril, hubo de encontrarse más de una vez con personas que sin conocerle hacían sobre él más ó menos estrañas apreciaciones. Por lo general, sin descubrir quien era, contentábase con sonreír.

Un día, estando en un coche casi lleno, recayó precisamente la conversación sobre su persona.

Un señor de palabra fácil y entonada voz dijo:

— Vuestro Don Bosco es un falsario é intrigante que sólo tiene maña para acaudalar dinero; pero ¿creéis que sea para niños pobres? ¡Qué inocencia! Ha enriquecido á su madre y á su hermano; en seguida se ha hecho edificar un soberbio palacio y sale únicamente en coche con

buena pareja de caballos. Es un tuno de primer orden.

Cuando hubo terminado esta larga diatriba, Don Bosco que le había escuchado con gran calma le preguntó:

— ¿Estáis bien seguro de lo que decís? ¿Conocéis á Don Bosco?

— ¡Si le conozco! Le veo todos los días, y os podría referir de él cosas singulares. ¡Bah!

— Permitidme que os observe que en todo lo que acabáis de decir no hay ni una palabra de verdad.

— ¿Me desmentís? ¿os atrevéis á desmentirme? Sois un impertinente y mereceríais...

En este momento llegan á una estación; el tren se para y un nuevo viajero entra en el departamento.

Apenas ve á Don Bosco le besa la mano y con respetuosa efusión le dice:

— ¡Oh! mi venerado Padre Don Bosco ¡vos aquí! ¡qué felicidad viajar en vuestra compañía!

— ¡Don Bosco! exclamaron todos los viajeros.

— Sí, amigos míos, y yo debo declararos que todo lo referido por ese señor es absolutamente falso. Mi madre no existe; vivió conmigo y tenía cuidado de los niños del Oratorio; mi hermano habita siempre en la misma pobre casa en que nacimos, y en cuanto á carruaje sólo tengo éste en que voy con vosotros.

Los que allí estaban miraron indignados al calumniador el cual se apresuró á retirarse en la próxima estación.

Uno de los que oyeron aquellas injurias quedó tan impresionado de la calma y dulzura con que Don Bosco las había soportado que se hizo entusiasta Cooperador Salesiano.

1860.

DE CÓMO UN CABALLERO MUNDANO se entró jesuita.

Un caballero de una de las principales familias de Turín, tenía con extravagantes aventuras en constante angustia á su madre. Las efectuosas súplicas de ésta eran completamente desatendidas y cada día sentía una nueva espina en el corazón por algún atolondramiento ó capricho del hijo.

Era la víspera de los ejercicios espirituales que en cierta estación del año es costumbre se den en la ermita de San Ignacio en Lanzo.

— ¡Ah, cuánto gusto me darías si fueras á hacer unos días de retiro en San Ignacio! dijo aquella á su hijo.

— No tendría yo inconveniente á condición del pago de mis deudas.

— ¿Cuánto sería menester?

— Una bagatela: algunos miles de francos.

La madre, gozosa de aprochar este rayo de esperanza, convino en ello. Sabía que Don Bosco debía asistir á aquellos ejercicios, y el pensamiento

sólo del encuentro del calavera de su hijo con el hombre de Dios la llenaba de contento.

El caballero de que hablamos, fiel á su promesa, se puso en camino. Y rara coincidencia: en el mismo coche en que subió iba Don Bosco. Entabla amistosa conversación con él y luego advierte que sufre y que lo que le produce el padecimiento son tres grandes diviesos.

— Pero, Don Bosco, le dice, pida á Dios que le sane, un ejercitante no debe estar enfermo: eso incomoda.

— No diré un *Avemaría* para aliviarme.

— ¡Sin duda, se goza con estar así!

Don Bosco sonrió.

Aquél quedó pensativo.

Entre tanto sobreviene una copiosa lluvia; y el pobre Don Bosco, sacudido por el coche, llega en bastante mal estado á San Ignacio.

Eso no le impide hacer los ejercicios, sin faltar á una sola distribución. Pero al fin las fuerzas le abandonan y, mientras estaba de rodillas en la capilla, cae sin sentido.

El caballero expresado hallábase junto á él; le recibe en brazos, le lleva á su alcoba, le acuesta en la cama y le prodiga todo el cuidado posible.

No tardó Don Bosco en volver en sí; sonrióse dulcemente al verse atendido por su improvisado enfermero; luego tomándole de la barba le atrajo con suavidad á su pecho y le dijo:

— Y bien ahora estáis en mis manos ¿qué queréis que haga de vos?

Conmovido el joven con tan paternal afecto, prorrumpió en lágrimas. Bien se comprende que á este movimiento de la gracia pronto siguió la confesión: el calavera estaba convertido.

Pasados los ejercicios, retiróse á casa de Don Bosco á examinar su vocación y más tarde entró jesuíta.

Al presente ocupa en la Compañía de Jesús un cargo, del cual por su virtud y elevado carácter es eminentemente digno.

1860.

**DE QUINCE SE SACAN TRESCIENTOS...
y quedan quince.**

D***, niño del Oratorio de Turín, después de un mes de colegio, escribió á su madre, advirtiéndole que jamás podría acostumbrarse á aquella vida y en conclusión le rogaba que le fuera á buscar.

Llega ésta y se dispone todo para la partida.

En la mañana de tal día el niño quiere hacer una confesión de despedida con Don Bosco; pero como muchos fueran los penitentes, no le llegó el turno hasta después de Misa, hora de desayuno en el Oratorio. Iba á comenzar la confesión cuando uno de sus compañeros viene á Don Bosco y le dice al oído: — No hay pan para el desayuno.

— No es posible; buscad bien; preguntad á fulano; por ahí debe haber.

El mensajero vuelve balbuciente: — Don Bosco, hemos buscado por todas partes y sólo hemos encontrado unos pocos panes.

Don Bosco parece sorprendido. — Entonces corred á decir al panadero que traiga cuantos se necesitan.

— ¡Al panadero! es inútil. Se le deben doce mil francos y se niega á traer ni una miga antes de que se le pague.

— Bien, bien, entonces pon en una canasta los que hay y Díos mandará los demás, que voy en el acto á distribuirlos yo mismo.

El pequeño D***, que ni una sílaba había perdido de semejante diálogo, paró la atención particularmente en las últimas palabras de Don Bosco; y cuando le vió levantarse le siguió con curiosidad tanto más viva cuanto que en esos días se había hablado mucho en el Oratorio de ciertos hechos maravillosos allí ocurridos y en los cuales no dejaba de tener parte Don Bosco. Colocóse detrás y contó con sumo cuidado los panes contenidos en el cesto. Eran *quince* y los muchachos *trescientos*.

¡Quince para trescientos! ¡trescientos para quince! decía entre sí el niño... y ninguna luz alumbraba su entendimiento.

Comienza el desfile; cada niño á medida que pasa recibe un pan. D*** se hacía ojos y estupefacto veía á Don Bosco que sonriente á ninguno dejaba con las manos vacías.

Cuando hubo desfilado el último niño, D*** contó los panes restantes: ¡quince panes!

Sus nociones de aritmética eran completamente trastornadas: ¡una división que es una multiplicación!

Después de esto se va á su madre y le dice: Yo no me muevo del Oratorio.

Aquel pequeñuelo es ahora sacerdote Superior de una Casa Salesiana.

1861.

DE CÓMO DESAPARECEN LOS ESCRÚPULOS en un niño.

Los escrúpulos quitaban la paz y sumían en profunda tristeza y abatimiento á uno de los primeros niños del Oratorio. Un día, próxima la Pascua, va á confesarse. La capilla, sin más luz que la de una pequeña lámpara, hallábase casi á oscuras y era imposible que Don Bosco que estaba en su confesonario pudiese reconocer á la multitud de colegiales arrodillados á su alrededor.

El penitente á que nos referimos, oprimido el corazón, pensaba en las grandes angustias que cada confesión le ocasionaba. De repente ocúrrele una idea: Si Don Bosco, sin oírme en confesión, me dijera que comulgara mañana mis inquietudes desaparecerían.

En el mismo instante oye que Don Bosco le llama:

— Hijo mío, le dice, hoy no necesitas confesarte; comulga mañana.

El niño curó de su mal. Hoy es Don Francesca, miembro del Capítulo Superior en el Oratorio de Turín.

1862.

EL ESTUDIANTE FRANCISCO PROVERA

En 1862, un clérigo estudiante, muy postrado por una pleuresía, recibió los últimos sacramentos. En la misma mañana Don Bosco, después de Misa, le va á ver:

— ¡Y bien! Francisco ¿sientes dejar este pobre mundo? ¿quieres irte, ó quedarte con nosotros?

— ¡Ah! Don Bosco, yo no sabría que decirle; déjeme pensarlo hasta esta tarde.

Poco después dijo entre sí: — ¡Soy un estúpido! ¡no haber respondido que quería irme al paraíso! Que me lo prometa Don Bosco me basta.

El buen Padre vuelve en la tarde.

— Estoy decidido, le dice el enfermo; si me asegura que me voy al paraíso, prefiero partir.

— Demasiado tarde, mi querido Francisco; sanarás y todavía deberás vivir algún tiempo; pero prepárate á sufrir mucho.

En efecto el enfermo sanó; mas no mucho des-

pués tuvo que padecer una dolorosa enfermedad en las piernas; continuó sus estudios, se ordenó de sacerdote, y la enfermedad le acompañó doce años, esto es, hasta la muerte (1874).

1862.

ROGUEMOS POR ÉL

Un día hallándose de paseo los alumnos del Oratorio en las colinas de Monferrato, cuando todos alegremente jugaban, los reúne Don Bosco para hacer oración por uno de los escolares que ha quedado en Turín y que *debe morir á la mañana siguiente*.

Aunque á los niños pudiera parecer intempestiva la interrupción de sus juegos, pusieron de rodillas para rogar á Dios según la indicación de Don Bosco.

A la mañana siguiente un telegrama anunciaba la muerte de aquel niño.

1865.

CURACIÓN

El barón comendador Cotta, banquero de Turín y senador del Reino, hallábase moribundo en el lecho.

Don Bosco llega á hacerle una visita.

— Padre mío, ésta será la última vez que os vea, díjole el enfermo con voz apenas perceptible; yo me voy; no alcanzaré á pasar el día.

— ¡Oh! no, señor Comendador. La Santísima Virgen os necesita todavía en este mundo y quiere que le ayudéis en la construcción de su iglesia.

— Tendría mucho gusto en ello; pero los médicos ya no me dan la menor esperanza.

— Y bien ¿qué haríais si *María Auxiliadora* os sanara?

— ¡Ah! si yo sanara daría, por seis meses, dos mil francos cada mes para su iglesia.

— Perfectamente; yo vuelvo al Oratorio á poner en oración á todos mis niños. ¡Valor!

Tres días después, estando Don Bosco en su escritorio, anuncianle una visita: era el varón Cotta, completamente sano, que venía á presentar su primera ofrenda á *María Auxiliadora*. Muchas otras ha hecho después á su iglesia.

1865.

AUN NO HA LLEGADO TU HORA

En abril de 1865 en el colegio salesiano de Mirabello cayó enfermo el clérigo Francisco Cerruti, profesor de humanidades, al cual el exceso de trabajo le produjo una anemia de gravedad, tos fuerte y persistente, expectoración de sangre, fiebre casi continua, respiración afanosa y, finalmente, tal afectación de los pulmones que el médico declaró el mal sin remedio.

El pobre enfermo, sin fuerzas siquiera para tenerse en pie, obligado á guardar absoluto reposo y silencio, y sin haber podido por tres días tomar más que hielo, estaba, á ojos vistas á las puertas de la muerte; pero con todo esto muy diferente fué el sentir de Don Bosco, quien como fuese á Mirabello y viese al clérigo Cerruti en tal estado, miróle bondadosamente, le confortó con el más paternal afecto y le dijo: *No te inquietes, pues aún no ha llegado tu última hora.*

Pero entre tanto el mal no cedía, por lo que Don Miguel Rua, á la sazón director del colegio y el cual con exquisita caridad había prodigado al enfermo toda suerte de atenciones, como fuese días después á Turín, informó á Don Bosco sobre la persistencia de la enfermedad y la opinión invariable del médico que no daba la menor esperanza. —

El médico se equivoca, respondióle Don Bosco: *dile á Cerruti que aún no ha llegado su hora y que piense en sanar.*

Habiendo á su regreso Don Rua cumplido tal comisión sucedió que precisamente el mismo día de su llegada le vino al enfermo un gran acceso de tos que le dejó más postrado que nunca; pero fué el último, y al día siguiente el clérigo Cerruti continuó hasta fines de año su enseñanza al mismo tiempo que sus estudios para rendir un examen en la Universidad de Turín. El médico quedó maravillado, y aun pasados algunos meses preguntaba á dicho clérigo cómo había sanado.

El médico ya murió y el clérigo, ahora sacerdote y miembro del Capítulo Superior del Instituto Salesiano, se conserva en vida esperando que llegada su hora Don Bosco le ayude á subir al Paraíso.

1866.

DE CÓMO UN ENFERMO RECOBRÓ LA SALUD

En la tarde del 16 de noviembre de 1866 Don Bosco debía pagar cuatro mil francos á los obreros que trabajaban la cúpula de la iglesia de María Auxiliadora; pero sin tener ni un escudo en caja, desde temprano Don Rua, Prefecto del Oratorio y algunos coadjutores habían salido á buscar limosna,